

XIV, las condenaron, bajo la pena de excomunion mayor. Tal era la predisposicion de los ánimos para los grandes trastornos que habian de seguirse como consecuencia necesaria, y que veremos en el capítulo siguiente.



SUMARIO DEL CAPITULO DUODECIMO.

Succession de los papas en el discurso de ochenta y dos años, desde el de 1769 hasta el presente de 1851. Noticia de algunos soberanos que en dicho periodo se han hecho notables en los principales reinos de Europa. Extincion de la sagrada Compañia de Jesus, y reflexiones sobre su verdadera causa. Estalla en Francia la revolucion del Jacobinismo contra el trono y el altar: subversion de todos los principios: sansculotismo: Luis XVI muere en un cadalso: las facciones se suceden y se ensangrientan con las proscripciones. Los reinos de Europa se arman y vienen sobre la Francia, sumida en la anarquía. La convencion de Francia organiza sus ejércitos, que combaten en Italia con los de los aliados: el directorio se apodera de la persona de Pío VI, que muere en el destierro.

Napoleon Bonaparte se distingue por su valor y pericia militar, y llega á ser nombrado general en jefe de los ejércitos de Francia: es nombrado cónsul. Celebra un concordato con el papa Pío VII, y humillando á los demagogos de Francia, restablece el orden y el ejercicio de la religion católica. Es proclamado emperador y coronado por Pío VII, que viene con este objeto á Francia. Napoleon rompe con los emperadores de Austria y de Rusia y con el rey de Prusia: invade sus reinos y les gana grandes batallas. En 1808 se apodera con engaños de los reyes de España é invade esta península, y á poco mas usurpa los Estados Pontificios y se apodera del papa. Proyecta el sistema continental, é invade la Rusia con poderoso ejército, del que perece la mayor parte por los rigores del

clima. Alianse contra él la Austria, la Suecia, la Baviera y la Rusia, y pierde el trono de Francia primera y segunda vez.

Nueva division de los reinos que habia usurpado Napoleon. Se restablece la dinastía de Borbon en Francia. El santo padre es restablecido en su trono y estados. El rey de España recobra su trono. En 1820 es repuesta en España la constitucion politica. Pierde la corona de España todos los estados que poseia en las Américas por revoluciones casi simultáneas con que se constituyen en repúblicas libres é independientes. Introdúcese en la de México la division de partidos por las lógias escocesa y yorkina, y producen revueltas y guerras que abren la puerta á la invasion anglo-americana. Vese la Iglesia mexicana amagada de la ocupacion de sus bienes y del tolerantismo. Nuevas revoluciones en Francia para mudar de constitucion ó de rey, y en España contra la Iglesia. El Sr. Pío IX alza el destierro á los liberales, y vueltos éstos á Roma, atentan contra el papa, y álzanse con Roma y los Estados Pontificios. Prende la chispa del liberalismo y revolucionase la Francia contra el rey Luis Felipe, que se salva con la fuga. Revolucion en Alemania y en la Hungria por la misma causa. El santo padre vuelve á Roma: su consulta á la Iglesia universal sobre la declaracion del misterio de la Inmaculada Concepcion de nuestra Señora por articulo de fé. Estado actual del catolicismo y de la apostasia en el mundo. Apéndice sobre la proximidad del fin del mundo.

CAPITULO DUODECIMO.

Desde el pontificado del Sr. Clemente XIV, hasta el año quinto del de N. Smo. P. el Sr. Pío IX, que felizmente reina.

P. ¿Qué sumos pontífices ocuparon el trono de San Pedro despues de Clemente XIII?

R. Clemente XIV, Pío VI, Pío VII, Leon XII, Pío

VIII, Gregorio XVI y Pío IX, de cuyo pontificado contamos en el presente el año quinto.

P. ¿En qué año fué electo Gregorio XIV?

R. En el de 1769: llamábase Juan Vicente Antonio Ganganelli, era franciscano, y el cónclave de su elección fué muy borrascoso por la desavenencia que existía entre la Santa Sede y varios soberanos de Europa.

P. ¿Con qué soberanos existía este motivo de división?

R. Con José I, rey de Portugal, y su ministro el marqués de Pombal; con Luis XV, rey de Francia, y el parlamento de Paris; con Carlos III, rey de España, y su ministro el conde de Aranda; con el rey de Nápoles Fernando IV, y con el duque de Parma y el gran maestro de Malta.

P. ¿Cuál era la causa ó causas de esta desavenencia?

R. A mas de la resistencia que estas cortes de Europa habian dado en oponer á las bulas y breves de los papas, acababan de hacer estos monarcas la violenta expulsion de los jesuitas sin contar con la Santa Sede, y resistiendo positivamente á los breves que en su defensa y sostenimiento habia expedido el papa Clemente XIII, á la bula en que confirmaba de nuevo el instituto de la Compañía de Jesus, y á la carta que especialmente dirigió á Carlos III de España.

P. ¿Cómo es que tantos soberanos cometiesen una tropelía de esta naturaleza, despreciasen la autoridad pontificia y se descomidiesen tanto con papas tan respetables y esclarecidos que hacia años ocupaban el trono de San Pedro?

R. Es ciertamente digno de extrañarse tal comportamiento; pero sus causas son muy conocidas. Ya hemos

notado el mal ejemplo que les habia dado Luis XIV con los audaces procedimientos de su genio díscolo y altivo, bastante para que siguiesen en sus casos, como siguieron, semejante conducta. Agregábase la adulacion de los áulicos y el acatamiento de los pueblos, que habian llegado á venerar á sus soberanos mas que á la Iglesia y al pontífice sumo. Los reyes recibian sus inciensos sin considerar que este respeto y deferencia los debian á los principios religiosos en que la Iglesia, y especialmente los jesuitas, habian educado á sus vasallos. Bien lo lloraron despues cuando, expelidos aquellos maestros de la doctrina, los pueblos se relajaron y convirtieron en desprecio y persecucion de los monarcas la veneracion con que antes los acataban.

P. En efecto, es bastante la causa; pero es preciso buscar otro principio á aquella providencia tan perjudicial á la Religion y al Estado.

R. No hay duda; el mismo espíritu que hoy se desata contra todos los institutos religiosos, fué el que entonces arrolló al que mas le impedia el curso de sus conquistas. Ya hemos dado noticia, al fin del capítulo anterior, de lo mucho que el filosofismo habia minado en los reinos de Europa, especialmente en la Francia, por medio de las logias masónicas, y de la direccion é impulso que de continuo daban á la empresa Voltaire y sus colaboradores. Establecida esta secreta comunicacion, el filosofismo se hizo de agentes cerca de los soberanos referidos, y por su medio los indujo á la persecucion y expulsion de los jesuitas: en Francia, la mayoría del parlamento: en Portugal, el ministro Pombal: en España, el conde de Aranda, íntimo amigo y corresponsal de los autores de la Enciclopedia

fueron los que manejaron la intriga y la calumnia contra la Compañía de Jesus, aprovechando oportunidades.

José I habia entregado toda su confianza al marqués de Pombal, hombre ambicioso, injusto y cruel, y al mismo tiempo poseido del espíritu antireligioso, en virtud del cual habia mudado, destruido y subyugado á los obispos, declarándose enemigo de la Santa Sede, protegido á los autores de opiniones nuevas, establecido la enseñanza de una teología diferente en todo de la que se habia enseñado hasta entonces, é introducido, por último, á los que propagaban los sistemas del filosofismo de Ginebra. Este fué el hombre que los enemigos de la Religion y del Estado emplearon para dar el primer golpe al sagrado instituto de la Compañía de Jesus. Pombal prohibió á los jesuitas la entrada en palacio, y trató de desacreditarlos con impresos que hizo publicar.

Dado este paso, se ofreció á Pombal un caso de que supo aprovecharse para urdir la calumnia; y fué que volviendo el rey en coche de Portugal á uno de sus sitios reales, como á las once de la noche, recibió una descarga y quedó herido: fueron aprehendidos los reos, condenados á muerte y ejecutada ésta en siete personas visibles de Portugal. Mas como Pombal solo queria el pretexto para obrar hostilmente contra los jesuitas, hizo cercar de guardias sus conventos, y apresando á todos los religiosos, los expulsó del reino, dejándose tres de ellos en la prision para juzgarlos como cómplices de aquel atentado. Desde luego hizo condenar á muerte al primero, que era el padre Malagrida, no ya como cómplice, sino como á falso profeta. Era inquisidor general D. José de Braganza, hermano del rey; y tanto él, como sus asesores, se negaron

á formar juicio sobre una acusacion tan absurda y tan falsa como la primera. Entonces Pombal formó otro tribunal de inquisicion, haciendo nombrar inquisidor á su mismo hermano, y éste procedió al juicio y condenó al supuesto reo. No se perdió tiempo, y el respetable sacerdote, anciano de setenta y cinco años, fué entregado á las llamas, que le consumieron entre el horror y el sentimiento de los espectadores.

Dado el primer paso en Portugal, no hubieron menester mas que imitarlo los agentes del filosofismo en los demas reinos. En Francia fué el pretexto una letra de cambio, que el padre Lavalette habia girado desde la Martinica contra el padre Sacy, residente en Paris. En España un motin del pueblo de Madrid contra el ministro Squilace, que era extranero; y de él se aprovechó el conde de Aranda para suponer cómplices á los jesuitas y hacerlos expulsar á 2 de Abril de 1767. En Nápoles, el rey, que era de la familia de los Borbones, siguió el ejemplo de la corte de Madrid. Lo mismo hizo el duque de Parma, y finalmente, el gran maestre de Malta.

Así es que, cuando Ganganelli fué elevado á la silla de San Pedro, la expulsion de los jesuitas estaba hecha hasta en las Américas, y solo prestó un consentimiento débil, por el decreto de 21 de Julio de 1770, en que abolió el instituto.

Clemente XIV murió en Septiembre de 1774, y le sucedió el cardenal Juan Angel Breschi, que tomó el nombre de Pío VI, y que gobernó la Iglesia desde 13 de Febrero de 1775, hasta 29 de Agosto de 1799, época de las mas calamitosas que ha habido en la Iglesia y en el mun-

do, como que en ella sucedió la terrible revolucion francesa, de que fué víctima el mismo Pío VI.

P. Aunque sea en breve, dadnos noticia de esta revolucion.

R. Es muy copiosa y difícil de compendiarse la revolucion francesa, y al mismo tiempo muy sabida; aunque baje los diversos coloridos que le dan los escritos de sus partidarios y de los que, detestándola, han escrito contra ella.

Supuesto lo que ya hemos referido del mucho incremento del jacobinismo en Francia por la cercanía de Ginebra, que ha sido su foco, y por el impulso que le dió el duque de Orleans, hasta presentarse sus sectarios á cara descubierta y haber probado con éxito sus fuerzas contra la muy radicada y poderosa Compañía de Jesus, y recordando tambien que en el parlamento de Paris tenia una gran mayoría, ya no será difícil conocer cómo pudo sacudir tan fuertemente el poderoso reino de Francia y arrancarlo de su centro hasta los cimientos. Llevaba el parlamento largos años de contender con la potestad real con tanto avance, que la debilidad con que Luis XV accedió á la expulsion de los jesuitas, no se debió á otro principio que al predominio que tenia ya el parlamento sobre el rey. En 1774 fué proclamado rey Luis XVI, hijo del precedente, siendo de edad de veinte años. Como en su juventud no tenia otras pasiones que la de la caza y el entretenimiento de la cerrajería, no gastaba por sí cosa mayor; pero como los gastos del erario fuesen muy crecidos, y en la familia real y en la corte no faltasen quienes hiciesen otros bien cuantiosos, se encontraba el tesoro público con un deficiente de no pocos millones. En estas circuns-

tancias, el parlamento se queja vivamente, y pide que se convoquen los estados generales de la nobleza, el clero y el pueblo, que llevaban ciento setenta años de no celebrarse por peligrosos en una nacion tan inquieta y audaz como la francesa. Se aviene el rey á su reunion, no sin grandes temores, y los estados se convocan. Su objeto era proveer de remedio al atraso de la hacienda, y á otros abusos dignos de reforma; mas como á los jacobinos les venia á las manos un medio poderoso para poner por obra toda una revolucion contra el catolicismo y la potestad real, hicieron de manera que los estados generales se convirtiesen en una asamblea constituyente, en que el pueblo tenia seiscientos representantes, el clero trescientos, y la nobleza otros trescientos. Luis XVI hizo cuanto pudo por impedir este cambio y sus operaciones; pero todo fué inútil: la asamblea forma una constitucion de monarquía moderada en la apariencia, pero en la realidad establece todos los principios de la democrácia mas libre, con subversion de todos los que hasta entonces habian constituido aquel reino. Como la teoría halagüeña de los principios liberales se habia llevado la opinion y arrastrado tras sí á toda la Francia, el rey no pudo parar el golpe, y el partido realista era muy poco poderoso para obrar una reaccion. Así es que Luis XVI hubo de bajar la cabeza, jurar la constitucion y contentarse con ser rey constitucional.

Habian corrido en esto dos años y cuatro meses desde la apertura de la asamblea constituyente hasta la instalacion de la primera asamblea legislativa, que en 21 de Septiembre de 1792 es sustituida por otra asamblea llamada *convencion nacional*, revestida extraordinariamente de todos los poderes. A su reunion ya estaba el rey suspenso y

reducido á prision, por la fuga que habia emprendido y las diligencias que habia hecho para que los monarcas de Europa viniesen en su socorro: habian pasado ya varios levantamientos del pueblo en masas numerosísimas, el ataque y toma del palacio á viva fuerza, con destrozo de los regimientos que lo defendian; la prision de muchos nobles, eclesiásticos y realistas, y la muerte de casi todos los presos dentro de las mismas cárceles con la terrible guillotina: por último, el furor del *sansculotismo*, esto es, del pueblo bajo que armado de puñales discurría por las calles, asaltaba á los conventos y á las casas, dando muerte á todos los que no eran del feroz partido revolucionario, cuando la convencion destituyó al rey, abolió la potestad real, declaró la república, encausó y juzgó al rey, lo sentenció á muerte, y la hizo ejecutar sobre un cadalso á la vista de seiscientas mil personas (poblacion de Paris) el dia 21 de Enero de 1793, cuando Luis XVI contaba treinta y ocho años y siete meses de edad, y diez y ocho y siete meses de reinado.

A poco mas son degollados la reina María Antonia y el duque de Orleans: el terror se difunde por todas partes: no se ven mas que víctimas y verdugos ensangrentados: la nobleza ha desaparecido al golpe de la guillotina ó á la diligencia de la fuga: la emigracion es tan numerosa, que en los paises vecinos pueden formarse, y de hecho se forman, ejércitos enteros, aun solo de los hombres útiles para las armas. De la Iglesia y de la religion no queda ni vestigio: los sacerdotes inmolados á millares por el furor del pueblo, ó fugitivos en paises extrangeros: los templos saqueados, violados, destruidos: las religiones abolidas, las solemnidades, las fiestas de la Iglesia, el culto de

los santos, hasta el calendario religioso extinguido y sustituido á éste una nueva nomenclatura de meses y nueva série de años: la licencia de costumbres á placer: la defensa personal ó de la propiedad, fiada al puñal: la anarquía entronizada, y las facciones de girondinos, montañeses, hebertistas, dantonistas y robespierristas devorándose unas á otras, ya en conjuraciones ó sorpresas á mano armada, ya en largas listas de proscripcion ejecutadas por los sansculotes, y ya, finalmente, en ataques campales y asaltos á las poblaciones. Tal fué el abismo de males en que la faccion jacobina y sus asociados sumieron á la Francia.

Un estado tan espantoso, y unos atentados tan horrendos, movieron al fin á los soberanos de Europa, y la Austria, la Prusia, la Rusia y la Inglaterra vienen sobre Francia con muy numerosos ejércitos: la Francia va á ser invadida y subyugada, porque se encuentra en la anarquía, sin armas, sin dinero, sin crédito; pero un esfuerzo de la convencion, un movimiento en masa de los pueblos, y el genio intrépido y activo del general Carnot, la proveen de todo. Fórmense armas, fabricanse municiones, acópanse víveres, equípanse regimientos, y un millon y doscientos mil hombres, repartidos en catorce ejércitos, vuelan á las fronteras á batirse con los austriacos y prusianos, con los rusos y los ingleses, distinguiéndose entre los generales de una y otra parte, por sus brillantes campañas, Championet y Suvarow.

Entonces fué cuando Napoleon Bonaparte comenzó á distinguirse por su valor y pericia militar y á figurar en la revolucion. Caida la convencion nacional, y formado el directorio, Napoleon es enviado á la campaña, y sus proezas hacen que sea nombrado generalísimo de los ejér-

bitos de Italia: marcha á su frente, gana las batallas de Millesimo y Mondovi; obliga al rey de Cerdeña á entrar en tratados de armisticio y de paz; se apodera de Fombio y obliga al duque de Parma á firmar la paz; bate á los austriacos y se apodera de Milán, de Pavía, de Cremona; se acerca á Roma y se hace dar socorros de dinero; amenaza á Nápoles, y su rey firma un armisticio.

En medio de estos triunfos, pierde una batalla que le ganan los austriacos al mando de Wurmsér, y levanta el sitio de Mántua, perdiendo en sus trincheras doscientos cuarenta cañones; pero se restablece y bate á los austriacos en el puente de Arcola, en las gargantas del Tirol y en otros puntos, apoderándose despues de Mántua y luego de Venecia, y llega á obligar al emperador de Alemania á firmar un armisticio en Leoben, á veintinueve leguas de Viena.

Despues de esto fué su expedicion á Egipto, la toma del Cairo y célebres batallas. Luego su vuelta á Francia y la destitucion del directorio: este directorio era el que habia cometido el atentado de invadir á Roma, proclamando allí la república; apoderarse de la persona del santo padre Pío VI, y hacerle conducir por Sena, Parma, Plazencia y Turin; atravesar los Alpes, pasado de frio en sus nevadas alturas, y suspendido en toscas angarillas sobre los abismos de sus espantosos barrancos, hasta introducirlo en Francia: todo esto con un anciano de ochenta y dos años poco menos, que en medio de estas fatigas, ultrajes y violencias pasa su mas grave y última enfermedad, como que de ella muere en Valencia á pocos dias de haber llegado, el 29 de Agosto de 1799.

Bonaparte destituyó el directorio y se hizo nombrar

cónsul: entonces fué cuando, en el mismo campo de Marengo, donde acababa de ganar á los aliados una gran batalla, envió al obispo de Bercelli á Roma para que entablara negociaciones con el papa Pío VII acerca de la restauracion de la Iglesia católica en Francia. El papa se prestó muy gustoso, y se celebró el famoso concordato que salvó á la Iglesia de Francia: fué firmado en 15 de Julio de 1801.

Napoleon continuó en sus empresas y se hizo proclamar emperador; despues de cuyo entronizamiento dictó nuevas medidas con que se perfeccionó el restablecimiento y ejercicio de la religion católica en Francia, tanto, que Pío VII no tuvo embarazo en irle á coronar solemnemente en Francia con una magnificencia y pompa extraordinaria.

Nada podia apetecer mejor: coronado emperador de Francia y rey de Italia: coronado tambien de nuevas y brillantes victorias en Austerlitz, Jena, Eliau y Friedland: celebradas las paces en medio del Niemen con los emperadores de Alemania y de Rusia, Bonaparte habia merecido bien de la religion, de la Iglesia y de su mismo reino, y debia solo dedicarse á consolidar su gran imperio, fruto de sus victorias; pero su ambicion se hizo insaciable, y torciendo los caminos, lo precipitó en atentados que mancharon su conducta, oscurecieron su gloria, y le atrajeron su ruina con estrépito y vergüenza: uno fué el que cometió con el papa, usurpándole sus estados y trayéndole prisionero á Fontainebleau, porque habia establecido relaciones amistosas entre las potencias y la Santa Sede; lo que debió hacer como padre universal de la Iglesia. Otro fué el que perpetró con el rey de Espa